

AMLO: primero los pobres

Por Juan Manuel Abal Medina* – El dirigente y politólogo escribe desde México sobre el triunfo de Andrés Manuel López Obrador. Su historia personal está entremezclada con la historia mexicana. A partir de un registro que contiene esta riqueza vivencial reconstruye el largo proceso político que antecede a la victoria. México, el país más infiltrado por el neoliberalismo, es hoy posiblemente un punto de inflexión para toda América Latina.



Estoy en México, en esa plaza inconfundible que es el Zócalo; el recién electo presidente Andrés Manuel López Obrador habla ante una multitud festiva con un tono sobrio y medido que hace aún más notorio que acabamos de vivir un hecho histórico. “Por el bien de todos, primero los pobres”, concluye, reiterando la consigna que convirtió en el eje de su vida pública.

El discurso termina, la muchedumbre sigue ahí, cantando, festejando. “¡Es un honor... estar con Obrador!”; “¡Ya llegó, ya está aquí, el que se chingó al PRI!” repiten incansablemente. Nada de nuestras consignas elaboradas, ninguno de nuestros pogos ni bombos, y con el imponente y austero Palacio Nacional, casi la contracara de nuestra Casa Rosada neobarroca, enmarcando la noche y los festejos.

No puedo dejar de recordar la primera vez que estuve ahí, en ese Zócalo, hace muchos, muchos años. Acabábamos de llegar a México cuando la guerra de Malvinas obligó a la dictadura a darle el derecho de asilo a mi padre, poniendo fin a seis años de encierro en la Embajada en Buenos Aires. El Presidente mexicano José López Portillo acababa de anunciar la nacionalización de la banca; viniendo de las dictaduras sudamericanas, ese hecho nos pareció a los miles de refugiados políticos casi la toma de la Bastilla o del Palacio de Invierno y fuimos todos a esa plaza a apoyarlo.

Desde ese 1982 hasta hoy muchas catástrofes han asolado a México y su ciudad capital. Naturales, como el terrible temblor de 1985 y varios que le sucedieron; políticas, como los Pactos por México que terminaron con conquistas históricas, y sociales, como la absurda guerra contra el narcotráfico que bañó de sangre al país desde 2006 especialmente. Pero de todas ellas, sin duda la más nociva, fue el neoliberalismo.

La estatización del sistema financiero de López Portillo fue el último acto de un modelo que se había construido a partir de la Revolución Mexicana, esa “primera revolución social del siglo pasado” (como les gusta recordar a los mexicanos) que tuvo profundos componentes de democracia, justicia, igualdad, antiimperialismo y nacionalismo y que alcanzó con el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) su máximo potencial.

El sistema que se construyó “institucionalizando” la revolución tenía como base el partido de Estado, el Partido Revolucionario Institucional en el que convivían los distintos sectores sociales organizados, los trabajadores en la Confederación de Trabajadores de México (CTM), los campesinos en la Confederación Nacional Campesina (CNC) y los sectores medios en la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), todos bajo la dirección del Presidente de la República que después de cumplir su mandato (su “sexenio”) designaba a su sucesor (“el dedazo”) y no intervenía más en la política activa.

Este particular esquema, “más longevo que el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética)” como les gusta recordarnos, garantizó décadas de estabilidad, crecimiento y mejoras sociales con una firme intervención estatal sobre la economía y el desarrollo de una importante red de bienestar social. A su vez, hizo del respeto por la autodeterminación de los pueblos el eje de su política internacional, con lo que logró superar la guerra fría a pesar de sus casi 3.200 kilómetros de frontera con los Estados Unidos.



Los conflictos sociales se procesaban al interior del partido de Estado. Así, lo que era percibido en un sexenio como exceso, era corregido en el siguiente en una especie de péndulo en el que un presidente más hacia la izquierda era sucedido por uno más de centro, y viceversa. No hace falta destacar que el sistema tenía enormes defectos, pero lo cierto es que desde la Revolución hasta mediados de los ochenta los mexicanos vieron cómo sus condiciones materiales y simbólicas de vida iban mejorando. Educación y salud pública, jubilaciones y pensiones, ayudas sociales y derechos laborales mejoraban año tras año, en un contexto regional donde eso era más la excepción que la regla. Y si bien el sistema produjo terribles violaciones a los derechos humanos -sin duda la masacre de Tlatelolco fue la peor-, e importantes restricciones a los derechos sociales y políticos, logró ser el único de los países grandes de América Latina que quedó fuera de las dictaduras multitareas y del terrorismo de Estado.

Pero después de ese 1982 que recordamos, el sistema empezó a cambiar. Primero sutilmente, después con claridad. Desde Miguel de La Madrid hasta hoy no hubo más péndulo y solo gobiernos del mismo signo neoliberal se sucedieron en el país. Seguramente fueron varias las causas: la crisis de la deuda de los '80, la caída del mundo soviético años después, la tendencia de los líderes del PRI a enviar a sus hijos a formarse en las universidades de Estados Unidos. Modas ideológicas, pereza intelectual o comodidad personal, pero lo cierto es que el pensamiento único se instaló en el país con una fuerza llamativa.

Viví varios años en México y luego viajé con regularidad hasta el 2000. Regresé recién quince años después para dictar unas conferencias. Un colega me invitó a dar un paseo, nos dirigimos al oeste, y todo fue irreconocible para mí. Torres monumentales, centros comerciales gigantes, negocios de marcas de alta gama que nunca estuvieron, ni estarán, en Buenos Aires, plazas cuidadas, calles brillantes, modernas autopistas, hoteles 6 estrellas, restaurantes. Me costaba reconocer siquiera los entornos. México había cambiado. Era el neoliberalismo.

“

Modas ideológicas, pereza intelectual o comodidad personal, pero lo cierto es que el pensamiento único se instaló en el país con una fuerza llamativa.

Aquel año 2015 me abrumó el optimismo de la mayoría de mis colegas. Senadores del PRI oficialista u opositores del PAN o el PRD compartían palabras, diagnósticos, ideas. México ya no se sentía un "país emergente" era casi primermundista, un miembro de la OCDE y principal socio comercial de la potencia global que por aquel entonces, con Barack Obama, mostraba una de sus caras más amigables.

Recuerdo cómo casi todos ellos me preguntaban por nuestras experiencias de gobierno nacional populares de Sudamérica, con la curiosidad y benevolencia que cierta gente utiliza para hablar de sociedades primitivas. Ellos ya no tenían temor. El populista López Obrador había vuelto "a perder" la presidencia en 2012 y hasta había sido abandonado por su partido, el PRD, que firmó los Pactos por México que consagraban el sueño neoliberal; nada podía fallar.

“

Sin embargo, desde que comenzó este giro empezaron también las reacciones. Ya en 1988, un grupo de importantes dirigentes del PRI reclamó un proceso participativo de selección del sucesor del entonces Presidente De La Madrid que venía aplicando las políticas neoliberales, convencidos de que su sucesor profundizaría, como de hecho ocurrió, el sesgo económico de esa gestión.

Torres monumentales, centros comerciales gigantes, negocios de marcas de alta gama... Me costaba reconocer siquiera los entornos. México había cambiado. Era el neoliberalismo.

Al no lograr cambiar la base política del sistema del partido de Estado -recordemos que el Presidente designaba a su sucesor-, este grupo encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas rompió con el PRI y junto con pequeños partidos de izquierda se presentó en la elección. No era nada novedoso, muchas veces el PRI había sufrido disidencias que fueron vencidas, con buenas o malas artes, en el acto electoral. Pero esta vez fue distinto. La entereza de Cárdenas, que había sido gobernador de su estado natal Michoacán y era hijo del mítico Lázaro, sumada al hartazgo social con seis años de políticas de austeridad neoliberal y al histórico reclamo por la democracia y contra los abusos del PRI, generó una votación tan masiva que el sistema, literalmente, no pudo procesarla. Queda en la historia la respuesta que el entonces Secretario de Gobernación a cargo del proceso electoral dio a los periodistas que lo cuestionaban por la inusitada demora en presentar los resultados: "Se cayó el sistema" dijo y así fue.

Este fraude monumental, la lucha de Cárdenas y los suyos y la comprensión de algunos lúcidos dirigentes del PRI llevaron a la definitiva apertura del sistema. Se creó un Instituto Electoral con participación ciudadana y control partidario, se reformuló por completo toda la normativa electoral y finalmente se democratizó la Ciudad de México (epicentro de estas luchas) con la elección popular de su Jefe de Gobierno, cargo que estrenó el propio Cárdenas en 1997.

Pero paralelamente a la apertura política, avanzaba la económica. Con la firma de Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos y Canadá el neoliberalismo empezó a robustecerse discursivamente, lo que le permitió al entonces presidente Carlos Salinas de Gortari imponer a su sucesor. Sería la última vez.

“

Ya en 1988, un grupo encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas rompió con el PRI y junto con pequeños partidos de izquierda se presentó en la elección.

Las elecciones del año 2000 encontraron a Cárdenas y los suyos ya organizados en el partido de la revolución democrática, el PRD, y gobernando la Ciudad de México, cargo que dejaría para competir por tercera vez por la presidencia.

Sin embargo, la fortaleza del discurso neoliberal llevó a que el primer presidente electo no priísta en décadas no sea Cárdenas sino el candidato del partido tradicional de la derecha mexicana, Vicente Fox, de Acción Nacional (PAN).

El PAN había surgido de los grupos católicos anti revolucionarios que se alzaron en armas contra el sistema en los años veinte del siglo pasado (los cristeros) y en las elecciones de 2000 pudo expresar “las dos aperturas”, la económica y la política, para acompañar a su histórica lucha por la apertura democrática con un ideario vinculado a los empresarios y a los Estados Unidos que sintonizaba mejor que el PRI con el clima de la época. Mientras tanto, el PRD se consolidaba en la Ciudad con López Obrador que venía acompañando a Cárdenas desde el principio como nuevo Jefe de Gobierno.



El camino a la presidencia

En la Ciudad, López Obrador realizó una gestión controvertida pero con un enorme apoyo popular que le permitió terminar su mandato con un 80% de aprobación ciudadana, después de superar un intento de desafuero montado por el PRI y el PAN.

En 2006 se presenta como candidato del PRD a la Presidencia y sufre una feroz campaña negativa que buscaba, hasta el pasado domingo mismo, presentarlo como un “castrochavista”, la versión más dura y radical de los movimientos nacionales populares latinoamericanos. Después de un escrutinio que da un resultado muy parejo, pero que señala como ganador al oficialista Felipe Calderón, López Obrador y el PRD inician una gigantesca movilización, y la ocupación del Zócalo, para forzar un nuevo recuento.

Pero la gestión de Calderón profundiza aún más las políticas neoliberales y le suma una trágica decisión, la llamada guerra a las drogas con la inclusión de las fuerzas armadas en el combate a los cárteles del narcotráfico. La inseguridad y la violencia crecen a niveles terribles mientras muchos mandos militares pasan a trabajar para los carteles o incluso a armar los propios.

En las elecciones de 2012, el descontento ya evidente con el neoliberalismo y la creciente violencia no puede ser capitalizado por López Obrador, que compete nuevamente, sino que es aprovechado por el PRI con Enrique Peña Nieto. Con las credenciales de haber mantenido el orden público durante décadas y un discurso que, al menos por su historia, se ubicaba a la izquierda del PAN, el PRI parece para muchos la solución.

Sin embargo ocurrió lo contrario porque el nuevo gobierno del PRI se disoció completamente de sus ideas originarias. Apenas asumió, comenzó a negociar los ya mencionados Pactos por México que implicaron reformas legales e incluso constitucionales de apertura y desnacionalización económica más profundas incluso que las que intentaron los gobiernos panistas. Y en términos de seguridad pública, después de algún inicio interesante al desarmar los excesos de las políticas de Calderón, rápidamente la violencia siguió incrementándose junto con la impunidad de sus autores.

El regreso del PRI pareció recordar la frase del *18 Brumario*, la historia se repite y esta vez fue farsa: un político neoliberal construido por el marketing, casado con una estrella de telenovelas del multimedio Televisa, que sin ningún espesor histórico toca los fondos de la política mexicana. Una mansión de ilegal origen, la llamada Casa Blanca, no descubierta por una profunda investigación periodística sino presentada impúdica y despreocupadamente por la primera dama en una revista de corazón, la recepción a Donald Trump en plena campaña para escuchar cómo éste le decía que lo iba a obligar a pagar el muro que pensaba construir en la frontera. Y detrás de la farsa, el horror, los miles de muertos que, con los mártires de Ayotzinapa adelante, causan indignación con un sistema que se ha vuelto putrefacto.

Difícil pensar un más apropiado final para las tres décadas del neoliberalismo en México que la caricaturesca impotencia de Peña Nieto y la contundente sobriedad del discurso de López Obrador. Su triunfo nació en el de 1988 es cierto, pero también va más atrás, hasta Lázaro Cárdenas y la Revolución. Porque sabemos que las revoluciones cuando son de verdad no mueren, pueden detenerse e incluso retroceder, pero viven en lo profundo de sus pueblos y cuando muchos las creen terminadas, renacen como el árbol talado del poeta.

**Politólogo. Senador Nacional por Buenos Aires PJ-FPV. Ex jefe de Gabinete de la Presidencia de la Nación (2011-2013). Ex asesor de la Secretaría General de UNASUR.*

Miembro de la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU).